

enérgicas intimaciones de Doña Blanca. Al verse desatendida la Reina, que conocía el verdadero blanco á donde se dirigian los tiros de aquellos mal avenidos señores, ideó un acertado plan, cuya realización ofreció rápidamente el resultado apetecido. El Conde de Boloña era el principal fautor de aquella contienda, y al frente de los soldados de su casa habia invadido el territorio de Champaña. El Conde de Flandes se dirigió rápidamente á ocupar los estados del de Boloña, y éste tuvo que dejar en paz la casa agena para acudir á defender la suya. Hubo contienda, y quedó vencido; y él y todos los de su bandera, imploraron una vez mas la clemencia del Monarca, declarando que no habia sido su ánimo hacer armas contra su Rey, sometiéndose de nuevo al poder legitimamente constituido.

Quedaba sin embargo el Conde de Bretaña, que pudo haber hecho vacilar toda la energia y política de Doña Blanca, á haber sido esta dama española menos digna del alto puesto que ocupaba. Quiso el conde sostener él solo la rebelion comprometiendo en su misma causa al Rey de Inglaterra, pasando para ello á sus estados, y proclamando que no reconocia al de Francia por su soberano. Prudente Blanca, y no queriendo que se atribuyese á personal encono su conducta, llevó la decision de aquél proceder desleal al tribunal de Pares de Melun, y despues de un severo juicio, seguido en rebeldía del Conde de Bretaña, pues no quiso comparecer á pesar de haber sido citado con repeticion, quedó éste condenado, y triunfante la causa de la Reina, que de este modo hacia ver á toda la Francia y al mundo todo, que lo mismo por el necesario aunque sensible medio de la guerra, que en las decisiones pacíficas de la justicia, la razon estaba siempre de su parte, y léjos de los ambiciosos magnates, que constantemente la inquietaban con sus bastardas maquinaciones.

El fallo del tribunal de los Pares produjo favorable efecto en el pueblo, y aquel proceder tan prudente y digno fué ganando la voluntad de los demás señores, y hasta del mismo ministro de Enrique III, Rey de Inglaterra, de tal modo, que cuando este monarca llegó á Bretaña fué su presencia mas favorable que contraria á los intereses

de la familia Real de Francia. Los magnates bretones, que habian visto y admirado el cuerdo proceder de Doña Blanca, al creer amenazada su patria por un extranjero, prescindiendo de su Conde, que en tal conflicto les ponía, resolvieron espontáneamente rendir homenaje al hijo de Doña Blanca, y reunidos en asamblea declararon traidor al Conde de Bretaña y escluido de la posesion de sus estados.

De este modo, hasta los mejores planes de sus enemigos, tornábanse en beneficio de la ilustre española, que lejos de sentir con tan repetidos triunfos el menor movimiento de orgullo en su corazon, solo anhelaba llegase el momento en que, habiendo cumplido la mayor edad su hijo, pudiera retirarse á mas tranquila vida.

La completa sumision del Conde de Bretaña, puso el complemento al triunfo conseguido, y poco despues Doña Blanca terminaba su acertada regencia.

El dia 25 de Abril de 1236 en que ya tenia el rey veinte y un años, entregó el mando al legitimo soberano, que penetrado de respeto, de agradecimiento y de ternura, lo recibió como una precisa formalidad, pero rogando á su madre le siguiese ayudando, como hasta entonces, con sus sabios consejos.

Imprevisto acontecimiento fué causa de que pocos años despues volviera á encargarse la princesa española del gobierno de Francia. En 1243 gravísima enfermedad puso en peligro la vida del monarca, y habiéndose atribuido su curacion al milagroso efecto de un pedazo de la cruz verdadera, que colocaron encima de la cama del rey, las primeras palabras que pronunció al verse libre de tan peligrosa enfermedad, fueron para pedir la cruz al obispo de Paris, Guillermo, y abrazado á ella hacer solemne voto de ir á combatir á los infieles en la Tierra Santa.

Restablecido completamente, el primer cuidado del piadoso monarca fué renovar solemnemente este voto, y disponer todo lo necesario para su proyecto, en lo cual empleó tres años. Antes de salir de la capital y de tomar la *oriflama* en la iglesia de San Dionisio, declaró que dejaba á su madre encargada en la gobernacion de

sus reinos con todos los amplios poderes de reina propietaria.

Graves negocios estaba llamada Doña Blanca á dirigir y resolver durante aquel nuevo periodo de su mando. El fallecimiento de Raimundo VII, último Conde de Tolosa, hacia recaer sus estados, segun el tratado de 1229, en Alfonso, su yerno Conde de Poitiers; y como aquella codiciada herencia pudiera suscitar trascendentales disputas entre el Conde de Anjou y el de Poitiers, Blanca, con la actividad que tanto la caracterizaba, envió á Guy y á Enrique de Chebreuse á tomar posesion de aquellos estados, que, segun dijimos arriba, por el enlace de Alfonso con Doña Juana, hija de Raimundo, debiana umentar los dominios de la corona. De este modo evitó que el de Anjou pudiera alegar derechos posesorios, que hubieran sido los únicos á la verdad que le asistieran, y el Conde de Poitiers á su vuelta de Egipto pudo recibir tranquilamente y sin contradiccion el homenaje de fidelidad de sus nuevos súbditos.

Amante de la justicia aquella ilustre princesa hasta el punto de no reconocer influencia ni consideracion alguna para torcer sus severas decisiones, demostró en otra ocasion solemne de aquel nuevo periodo de su mando, que ni aun con capa de piedad ni de religion puede faltarse á lo que ordenan los principios de la equidad y de la virtud. Altivo y orgulloso el clero y olvidado de su santa mision, en vez de ser el amparo y consuelo de los desvalidos, oprimia por aquel tiempo á sus vasallos con injusto despotismo; y Doña Blanca que amó siempre al pueblo como una verdadera madre, deseaba ocasion en que reprimir la violencia de aquellos sacerdotes, demostrando que la ardiente piedad y fe religiosa que le animaban, estaba muy lejos de confundirse con el ciego fanatismo, y que sabia distinguir y apreciar la verdadera mision del sacerdocio y los derechos vulnerados del abatido pueblo.

El anhelado motivo llegó al fin. Los vicarios de las diócesis de Paris habian puesto en las cárceles de la iglesia á varios *siervos* suyos del país de Chatenay, que dista dos leguas de aquella capital, porque no habian pagado el impuesto á que estaban sugetos los de su

condicion; y no solo les privaron de su libertad, sino lo que es mas horrible todavía, les dejaron destituidos de todo auxilio, hasta el punto de que aquellos infelices empezaron á morir de hambre. El generoso corazon de Doña Blanca, al tener noticia de aquel verdadero atentado contra la santa ley de la caridad, se dirigió al Cabildo con todo el respeto que le merecia la religiosa corporacion, rogándoles que, por atencion á ella, sino consideraban á los presos dignos de su clemencia, les devolviesen la libertad para que de este modo pudieran atender á proporcionarse el necesario sustento, y al mismo tiempo á reunir lo necesario para pagar lo que debian. Los altaneros capitulares lejos de acoger aquella reverente súplica, como era de esperar de corazones cristianos, respondieron *«que nadie tenia que meterse en los negocios de sus vasallos, pudiendo si se les antojaba hasta quitarles la vida»* y en vez de mitigar el rigor con que trataban á aquellos desdichados, á tal extremo los redujeron, que diariamente iban muriendo muchos de ellos de las mas terribles de todas las muertes; de hambre.

Cuando Doña Blanca tuvo noticia de tan incalificable proceder, sintió encendido su pecho con el fuego de la mas santa indignacion, y no dejando para mas tarde el remedio, seguido de unos pocos soldados, se dirigió á las cárceles del Cabildo, y mandó derribar las puertas; y como el temor de las censuras eclesiásticas pudiera haber infundido algun temor á los que la seguian, ella fué la primera en golpear con el baston que llevaba las temidas puertas; con lo que desvanecido todo escrúpulo, bien pronto cayeron hechas pedazos á los repetidos golpes de sus fieles guardias. El espectáculo que entonces se presentó á su vista, era capaz de conmover el corazon mas empedernido. Multitud de hombres, mujeres y niños, harapientos, pálidos, estenuados, sin fuerzas casi para hablar, mas parecian cadáveres que abandonaban sus sepulcros, que seres vivientes. Agrupados todos al rededor de Doña Blanca colmándola de bendiciones y besando sus manos y sus vestidos, no encontraban palabras bastantes para darle gracias por su noble accion, y solo con lágrimas acertaban á demos-

trarle su reconocimiento. Las de la reina corrian tambien en abundancia, profundamente conmovida por tan triste espectáculo y por el mismo movimiento de gratitud que le demostraban, y levantando á los unos, ayudando á otros, socorriéndolos á todos, parecia en medio de los lóbregos calabozos de aquellas cárceles, el ángel del consuelo y de la caridad.

Tomándolos á todos bajo su protección ordenó enseguida el secuestro de las rentas del Cabildo, mandando que todos sus individuos se le presentasen á rendir homenaje á la autoridad que estaba depositada en sus manos, obligándoles además á manumitir á sus siervos, y llevando á tal extremo su bondad, que para indemnizarles de las pérdidas que por esto pudieran tener, les señaló anualmente una cantidad de su propio tesoro.

De tal modo comprendia Doña Blanca los grandes deberes de su cargo y con acciones tan dignas conquistaba para su nombre la corona de la inmortalidad.

IV.

Pero ¡ay! que mientras con tanta prudencia, energía y saber gobierna á la Francia, la suerte de sus hijos en Palestina le preparaba dias aciagos y profundos pesares. En vano Luis IX se cubre de gloria alcanzando brillantes triunfos. La falta de prevision con que, fiándolo todo á su guerrero ardor, se lanzó á aquella campaña en tan apartadas regiones, fué causa de que su ejército se viera reducido al último extremo por la escasez de viveres, y por las enfermedades epidémicas, que causaban temible estrago en los soldados cristianos. Roberto, hermano del rey habia muerto en el campo de batalla, y Carlos y Alfonso, y el monarca mismo, quedaron en cierto modo sin libertad y bajo el poder del enemigo. Doña Blanca, tan serena siempre, tan activa y enérgica en el peligro como en la calma, al tener

noticia de tanta desventura sintió en su corazón de madre tan violenta pena, que olvidándose de todo, solo pensó ya en los medios de alcanzar la libertad de sus hijos. Para conseguirlo no perdonó medio ni fatiga, y convencida de que solo por fuerza de dinero ó por fuerza de armas habia de obtener el rescate, reunió cuantas sumas pudo allegar, y levantó cuantas tropas pudo reunir.

Y á este justo y natural deseo de abrazar á sus hijos, agregábase tambien el amor que profesaba á sus pueblos. Doña Blanca se sentia enferma, y con la prevision de su talento privilegiado temia dejar á la Francia privada de persona que la dirigiera en su difícil gobierno. Asi es que al mismo tiempo que enviaba á su hijo los medios para poder regresar á sus estados, le escribia rogándole no dilatase mucho su vuelta, por que se iba sintiendo cada dia mas débil para desempeñar dignamente su encargo.

Bien hubiera querido Luis volver enseguida á su reino, pero los generosos impulsos de su corazón se lo impidieron. Apenas habia obtenido su libertad, cuando supo que los sarracenos hacian sufrir los mas crueles tormentos á los franceses que caian prisioneros, y el deseo de impedirlo y libertarlos, le hizo permanecer cuatro años mas en Palestina, continuando la guerra santa.

Entre tanto nuevas calamidades ponian á prueba el esforzado espíritu de la princesa española. Las tropas que habia reunido para socorrer á su hijo habianse convertido en una verdadera calamidad para la Francia. Mezclados con los guerreros á quienes atraia un verdadero celo religioso, habian acudido multitud de vagos, ladrones, y malhechores de todo género, que acantonados en los alrededores de Paris, dejaban por donde quiera señalado su paso con el pillaje y la devastacion. No era Doña Blanca mujer que fácilmente se dejase arrastrar por el temor. Conociendo los daños que estaban causando al país semejantes auxiliares, bien pronto consiguió que sus leales tropas arrojasen de Francia á aquellos aventureros, indignos de llevar sobre su pecho la roja enseña de los cruzados.

Aquel último esfuerzo de la enérgica voluntad de Doña Blanca